



Los asesinos en serie son ejemplos inapelables del mal absoluto. Foto: Gorka Lejarcegui

Corrientes criminales

Wittgenstein pensaba que la novela negra contenía más sabiduría que la filosofía occidental. El género policiaco está más vivo que nunca y abarca desde los detectives hasta la crítica social

Por Justo Navarro

NO CREO QUE exista ya la novela criminal de antes, con sus dos ramas: el pensativo Sherlock Holmes frente a los trepidantes detectives americanos. Renato Giovannoli (*Elementare, Wittgenstein!* Medusa, Milán, 2007) dice que la vía inglesa seguía los principios del primer Wittgenstein, el del *Tractatus logico-philosophicus*, mientras que la serie negra de los detectives salvajes compartió la mentalidad del segundo Wittgenstein. He oído que toda la filosofía del siglo XX puede dividirse entre la fiel al primer Wittgenstein (fanáticamente lógico) y la hipnotizada por el segundo (atento a cómo jugamos con las palabras según vivimos y según nos conviene). Parece complicado, pero más raro es el nombre de la

antiheroína de *El Halcón Maltés*, Brigit O'Shaughnessy.

Ludwig Wittgenstein, profesor en Cambridge y aficionado a la novela criminal, opinaba que hay más sabiduría en la serie negra que en las revistas de pensamiento. A la novela a la manera inglesa, prueba de que incluso el crimen se atiene al orden y la racionalidad, prefería las historias americanas de puñetazos y tiros. Una facción de la novela criminal de nuestro tiempo cultiva todavía la serie negra: opta por el desorden callejero, por la crónica de los modos de vivir. Le interesa menos el delito que las relaciones sociales y familiares. El inspector Süden (Friedrich Ani, *La promesa del ángel caído*) se limita, desarmado y apacible bebedor de cerveza, a investigar en Múnich casos patológicos de angustia doméstica, por qué la gente huye de casa.

Joseph Conrad escribía en 1899 a su amigo Cunninghame Graham: "La sociedad es

esencialmente criminal; si no fuera así, no existiría". Y es como si Conrad hubiera estado leyendo *La muerte de Amalia Sacerdote*, de Andrea Camilleri. El primogénito de un diputado es investigado en Palermo como probable asesino de su novia, hija del secretario de la Asamblea regional, a la que alguien abrió la cabeza con un cenicero. El ingenio de Camilleri transforma lo desagradable en diversión, a partir de las tensiones y líos de cuernos entre el presentador y el director del telediario, yerno de un senador omnipotente. ¿Cómo dar la información sin molestar? ¿Cómo no darla? A la deontología profesional se suma la prevención física: una palabra de más o de menos podrá matar. Si, según Maurice Godélier, el parentesco funciona en las sociedades primitivas como relación económico-política, en las intrigas sicilianas de Camilleri las relaciones político-económicas son automáticamente relaciones de parentesco.

El crimen opera como un elemento de la economía política, y los gobiernos son a la vez el consejo de administración del capital y del hampa. John Grisham, que habitualmente se ocupa de la guerra desigual entre pequeños ciudadanos y empresas gigantes, cuenta en *La apelación* un caso civilizado de aniquilación masiva. Los Payton, matrimonio y bufete de abogados en la ruina, defienden los intereses de una mujer que vio morir de cáncer a su marido y a su hijo. Una empresa química neoyorquina contaminó el agua y dejó centenares de posibles víctimas en lo que los periódicos llaman el Condado del Cáncer, en Misisipi. Condenados a una indemnización millonaria, los capitalistas apelarán al Tribunal Supremo del Estado, y así empieza el núcleo de la novela: la campaña electoral para un puesto de juez, es decir, la crónica sentimental de cómo se compran jueces. Una merienda al pie de una vieja caravana contrasta dramáticamente con las cenas, mansiones, aviones privados y esculturas de 18 millones de dólares de los que siempre tendrán razón. Un juez sale por ocho millones. Es "lo mejor del estilo de vida americano", dice Grisham, amargo y neosocialrealista.

Pero la actual facción dominante de la literatura policiaca trata de asesinos bestiales, más allá de toda razón. Sus herramientas son la sierra, el martillo, el taladro, un soplete. Dan mucho miedo. Atacan inesperadamente en Miami o en París. Si Wittgenstein sintonizaba con las viejas novelas de Conan Doyle y Dashiell Hammett, el patrón ideológico de las nuevas fábulas criminales ha surgido de la escuela del alemán Carl Schmitt, especialista en Derecho Internacional y Filosofía Política, que, después de estar a punto de ser juzgado en Nuremberg, hoy emociona a admiradores poderosos.

La virtud política esencial es saber distinguir al enemigo, separar tajantemente entre buenos y malos, y los asesinos en serie, como los terroristas, son ejemplos inapelables del mal absoluto. El Enemigo, en sentido diabólico, no merece ni derecho ni piedad, y el Estado Total no es frag-



mentario: funde el poder ejecutivo con el poder judicial. No hacen falta tribunales: el policía suele aniquilar al criminal en cuanto lo caza. Alguna vez el policía actúa como un criminal en sí mismo. Miami, en las novelas de Jeff Lindsay, es una bruma de amiguismo y construcciones horribles donde estuvieron las playas de la infancia, y el narrador lo recuerda mientras persigue *serial killers*, pero prefiere centrarse en problemas más íntimos: Dexter, asesino destripador, forense de la policía, cuenta su pasión por la vivisección humana, bromista con reputación de intuir perfectamente "cómo piensan y trabajan los psicóticos homicidas".

Es un eco paródico de Hannibal Lester, el asesino múltiple que ayudaba al FBI a capturar asesinos múltiples. Ahora, en la tercera entrega de sus aventuras, *Dexter en la oscuridad*, va a casarse con la madre de dos niños, en los que presente sus mismas inclinaciones sanguinarias, educados con "series de televisión que hubieran sido imposibles antes del descubrimiento del LSD". Carece de corazón, o eso dice, pero sólo mata a criminales, como si aspirara a ser el único monstruo mundial. Administra justicia con humor, y fulminaría inmediatamente al adversario que reta al comisario Sharko en *El ángel rojo*, de Franck Thilliez. Sharko se enfrenta a un asesino de mujeres, especialista en carne desgarrada y ojos sacados en vivo con minuciosidad de mesa de autopsias. Es en París, en nuestro mundo de manías religiosas, poderes paranormales, informática y malos a más no poder. Thilliez ha oído la opinión

Conrad escribía en 1899 a Cunninghame Graham: "La sociedad es esencialmente criminal; si no fuera así, no existiría"

La actual facción dominante de la literatura policiaca trata de asesinos bestiales, más allá de toda razón

de Hannibal Lester: la exposición continua a la banalidad y la violencia insensibiliza a la gente, pero la sangre cruel es siempre emocionante. Cuanto más feroces sean los crímenes, más percibe el público que los malvados son malvados, con más vehemencia desea que a los culpables los aplaste el peso de la ley, y más consuelo siente cuando los matan. Sharko se confiesa ansioso de "extraer la sustancia inmunda que da vida a los criminales". Es el sentimentalismo de la venganza como única justicia verdadera. •

La promesa del ángel caído. Friedrich Ani. Traducción de Joan Parra. Plataforma. Barcelona, 2008. 238 páginas. 18 euros.

La muerte de Amalia Sacerdote. Andrea Camilleri. Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale. RBA. Barcelona, 2008. 202 páginas. 12 euros.

La apelación. John Grisham. Traducción de Laura Martín de Dios. Plaza & Janés. Barcelona, 2008. 472 páginas. 22,90 euros.

Dexter en la oscuridad. Jeff Lindsay. Traducción de Eduardo G. Murillo. Umbriel. Barcelona, 2008. 318 páginas. 15 euros.

El ángel rojo. Franck Thilliez. Traducción de Martine Fernández Castaner. Marlow. Barcelona, 2008. 448 páginas. 19,50 euros.

BCNegra'09 se celebra del 2 al 7 de febrero. www.bcn.cat/cultura/bcnegra/

La espía perfecta

La invisible es la primera novela protagonizada por la agente Liz Carlyle, que investiga una trama terrorista. Stella Rimington, su creadora, dirigió el MI-5 británico en los años noventa

Por Patricia Tubella

DESDE EL MOMENTO en que empecé a pensar en escribir una novela de espionaje, supe que mi protagonista iba a ser una mujer. En cierto modo, era una respuesta a otros libros del género donde los hombres son casi siempre los personajes principales, a los James Bond o George Smiley". La heroína de la saga de suspense que Stella Rimington (Londres, 1935) acaba de inaugurar en España, con su primera entrega, *La invisible*, cobra la forma de una agente de inteligencia en la treintena, que apenas logra conciliar su vida laboral y privada, sufre como cualquier londinense los habituales parones del metro cuando acude a su oficina del Millbank, a orillas del Támesis, y parece desconocer los secretos del *martini agitado*, no revuelto. Que esa criatura común sea además la encargada de neutralizar una amenaza terrorista en el Reino Unido quizá rompa algunos moldes, pero si alguien puede hablar con propiedad del mundillo de los espías esa es precisamente su creadora. Antes de volcarse en la escritura, Rimington fue la primera mujer en dirigir la agencia de seguridad interna británica (1992-1996), más conocida como MI-5, y también la primera ocupante del cargo cuyo nombre fue revelado al público por el Gobierno, con fotografía incluida. Ella misma, que va a acudir a la Semana Negra de Barcelona, es la responsable de que hasta el 007 cinematográfico haya acabado recibiendo las órdenes de una fémina.

"Me sentí muy halagada porque sé con certeza que inspiré el personaje de M interpretado por Judi Dench en el cine. En la película incluso aparecía con el mismo corte de pelo y el traje idéntico al que lucí en mi comparecencia televisiva como directora general del MI-5", explica. Más que alarde, toda una reivindicación del pico de su currículo, alcanzado después de tres décadas de trabajo en las diversas ramas de los servicios de inteligencia doméstica (contraespionaje, contrasubversión y contraterroismo), proyectadas ahora en su sossias de ficción, Liz Carlyle. "La dibujé a partir de mi propia experiencia y la de otras mujeres que trabajan en el MI-5, aunque Liz es una agente moderna, que se desenvuelve en un ambiente muy distinto al que yo encontré al ingresar en la agencia en los años sesenta, cuando las mujeres éramos consideradas de segunda clase. Aun así, todavía debe reafirmarse frente a sus colegas del sexo opuesto y la tendencia de éstos al paternalismo". La autora apoya en ese empeño al personaje, dotándole de unas cualidades profesionales rayanas en la perfección.

El título *La invisible* alude a aquellos elementos terroristas que apuntan contra su propio país de origen, la mayor pesadilla para los responsables de seguridad, porque sus movimientos son muy difíciles de detectar. Aunque la trama incluye las inevitables escenas de acción, el trabajo de la joven agente para desactivar el riesgo de un atentado se apoya sobre todo en la recopilación y análisis de datos. Una labor paciente y mucho menos atractiva que las hazañas de los espías en el imaginario popular, pero que para Rimington es clave en la lucha

antiterrorista. "¿Por qué se creen todos la encarnación de E. T. Lawrence o de Ralph Fiennes de *El paciente inglés*?", se pregunta Liz ante el despliegue de arrogancia aventurera de un colega del MI-6, la agencia hermana encargada de la inteligencia exterior.

La versión inglesa del libro fue publicada en 2004, un año antes de la oleada de bombas contra la red de transporte público de Londres (56 muertos) perpetrada por terroristas suicidas de nacionalidad británica. ¿Se trataba de una amenaza previsible en opinión de la ex jefa de los

tribunales. En Estados Unidos se enmarca en una categoría diferente: Guantánamo". Rimington se niega a avalar la denuncia de que ciertos políticos manipulan las cuestiones de seguridad con fines propios. "Pero sí creo que los gobiernos deberían admitir que a veces no se puede proteger al público completamente, porque también es importante preservar las libertades civiles", afirma.

Una política de apertura definió su desembarco al frente del MI-5, que por primera vez en la historia publicó un libro blanco (1993) revelando detalles sobre sus actividades, operaciones y deberes. "La era de la guerra fría obligaba al secretismo pero, tras la caída del muro de Berlín, se hizo importante explicar las nuevas amenazas que afrontaba el país, buscar un rostro público, un mejor entendimiento sobre quiénes somos y qué hacemos, para demostrar que no existe colisión entre los servicios secretos y la democracia. Ello nos ha permitido obtener mayor información del público y facilitado el reclutamiento de personal". Tanto revuelo como su designación generaba la publicación de sus memorias (*Open secret*, 2001) años después de abandonar el cargo. Rimington sólo obtuvo el plácet de la agencia para sacarlas a la luz una vez eliminada toda referencia a las fuerzas de élite, las SAS. "No aportaba ningún dato sobre sus operaciones secretas, pero el Ejército temía que abriera la vía para que alguno de sus soldados escribiera su propio libro explicando esas tácticas", matiza.

A aquella polémica autobiografía sucedió el terreno más cómodo de la ficción, que hasta la fecha se ha traducido en cuatro libros de la serie de la agente Liz Carlyle, con la principal ambición del entretenimiento. Su protagonista irá ganado puestos en la agencia, replicando la singlatura real de su creadora. Hace cuatro décadas, Stella Rimington abandonaba su trabajo en los archivos nacionales para acompañar a su marido, destacado en un puesto diplomático en la India: "Entonces eso era habitual entre las mujeres". Allí aceptó una colaboración a tiempo parcial con los servicios de inteligencia y, en lo que entonces parecía impensable, con el tiempo acabaría convirtiéndose en la primera mujer encargada de cuadrar a los agentes secretos. Hoy, y "a pesar de que nunca es fácil porque el peso de la familia siempre recae en nosotras" (crió a sus dos hijas mientras ejercía como jefa del MI-5), estima que los tiempos han cambiado hasta el punto de poder imaginarse a una M tomándose la baja maternal. Que Bond empiece a rasgarse las vestiduras... •

La invisible. Stella Rimington. Traducción de Francisco Pérez Navarro. Ediciones B. Barcelona, 2009. 385 páginas. 17 euros.



Stella Rimington, autora de *La invisible*.

servicios de inteligencia? Rimington se muestra tan recia a conjeturar sobre si el MI-5 menospreció ese riesgo (el antiguo cargo obliga) como dispuesta a sentenciar que "las intervenciones militares en Afganistán e Irak propiciaron un sentimiento de agravio que ha radicalizado a ciertos sectores musulmanes". Si bien se declara ambigua sobre esas contiendas ("estaba justificado derribar a Sadam Hussein, pero antes no había terrorismo en Irak"), reitera su inquietud ante la ofensiva israelí en Gaza, "que tendrá el mismo efecto que la guerra de Irak: un campo abonado para los extremistas". En su día calificó de "excesiva" la reacción estadounidense tras el 11-S y, a lo largo de la entrevista, denueta la cruzada emprendida por el ya ex presidente George Bush: "En el Reino Unido el terrorismo es tratado como un crimen. Hay que investigar a los sospechosos, detenerlos y llevarlos an-

SIRI HUSTVEDT

Elegía para un americano

Una escritora extraordinaria: "Es como Uptike con tacones altos; no se la pierdan" (Melissa Katsoulis)

ANAGRAMA